

MONS. ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

**«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU
PARA LA MISIÓN»**



«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

Imprime:
Gráficas Carpintero, S. L.
Ctra. de Alcolea, s/n.
Sigüenza



MONS. ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ
Obispo de Sigüenza-Guadalajara

**«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU
PARA LA MISIÓN»**

CARTA PASTORAL

Septiembre 2019

Índice

ÍNDICE	4
INTRODUCCIÓN	7
I MIRADA CREYENTE A LA REALIDAD DIOCESANA	9
1.1 Nuestros comportamientos religiosos	10
1.2 Crisis antropológica	12
1.3 Libertad alejada de la verdad	14
1.4 Egoísmo e individualismo	16
1.5 Globalización de la indiferencia y exclusión social	19
1.6 Progresiva despoblación de algunas zonas de la diócesis	21
II REPENSEMOS NUESTRA IDENTIDAD CRISTIANA	24
2.1 Injertados en la vida Trinitaria	25
2.2 Constituidos hijos de Dios	27
2.3 Consagrados por Dios	29
2.4 Miembros del Cuerpo de Cristo	31
2.5 Iguales en dignidad	33
2.6 Iluminados por Cristo	35

2.7	Partícipes del oficio sacerdotal, profético y real de Cristo	38
III	CONCRECIONES PARA LA VIDA ESPIRITUAL Y PASTORAL	41
3.1	Asumir la realidad para poder evangelizar	42
3.2	Revitalizar de la fe de los creyentes	44
3.3	No ser conformistas	46
3.4	Urgencia del acompañamiento personalizado ..	49
3.5	Buscar la voluntad de Dios	51
3.6	Carismas diferentes para el servicio del cuerpo eclesial	54
3.7	¿Dificultades para la evangelización o nuevos retos pastorales?	57
3.8	El compromiso comunitario, antídoto contra el individualismo	99
	CONCLUSIÓN	63

||
—

||
—

—
||

—
||

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

Introducción

Dios siempre nos regala su amor y nos precede con su gracia. En cada instante, en cada acontecimiento de la vida, Dios sale a nuestro encuentro, camina a nuestro lado, nos ofrece sus dones y nos brinda su perdón para que encontremos la paz del corazón y para que vivamos como hijos suyos. Al hacerse uno de nosotros en Jesucristo, para compartir nuestra condición humana en todo menos en el pecado, nos recuerda que donde abundó el pecado sobreabundó la gracia.

De un modo especial esta gracia desciende sobre los hijos de la Iglesia durante los años jubilares. Por eso la celebración del jubileo concedido por el papa Francisco con ocasión de los 850 años de la consagración de la Catedral de Sigüenza, nos ha brindado la oportunidad de dar gracias a Dios por el pasado, reconocer nuestros pecados y experimentar su misericordia en el sacramento de la reconciliación. Así podemos reiniciar con renovada esperanza el seguimiento de Jesucristo con una vida nueva.

La celebración del sínodo diocesano es otro regalo de Dios a nuestra diócesis. Por eso tiene que ser una ocasión para renovar la fe y la confianza en su presencia en medio de nosotros. En comunión de vida y amor con Jesucristo hemos

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

de invocar al Padre celestial, para que nuestra mente y nuestro corazón reciban la luz de lo alto, mediante la iluminación del Espíritu Santo, Señor y dador de vida. Guiados por esta luz, encontraremos nuevos caminos y nuevos métodos para el anuncio del Evangelio en estos momentos concreto de la historia.

Partiendo de estos presupuestos, en esta carta pastoral os invito a contemplar con mirada creyente la realidad diocesana, a redescubrir la identidad cristiana y a repensar la importancia del sacramento del bautismo para la vivencia de nuestra vocación y misión. A partir de la reflexión sobre la grandeza de la vocación bautismal, os propongo algunas conclusiones prácticas que pueden ser útiles para renovar la relación con Dios, para acrecentar el amor a la Iglesia y para avanzar en los trabajos del sínodo diocesano.

I. Mirada creyente a la realidad diocesana

Los últimos años, acogiendo las ricas orientaciones del papa Francisco, especialmente en la Exhortación Apostólica “*Evangelii gaudium*”, nos propusimos distintos objetivos y acciones con el propósito de dar un nuevo impulso a la evangelización, mediante la práctica de una pastoral más corresponsable y misionera.

Consciente de que la nueva realidad social, cultural y religiosa exige una profunda conversión personal y pastoral de todos los bautizados para crecer en la adhesión a Jesucristo y para abrir nuevos caminos en la acción evangelizadora, después de una serena reflexión he convocado la celebración del sínodo diocesano. Este, por lo tanto, no puede ser un fin en sí mismo, sino un medio para seguir evangelizando con nuevo ardor y para contemplar la realidad con la mirada misericordiosa de Dios.

El conocimiento de la realidad, aunque haya cosas de la misma que no nos gusten, es la primera condición para poder evangelizar. Por eso, además de vivir la alegría del Evangelio, poniendo la mirada en Jesucristo, es preciso que conozcamos y asumamos con ojos de fe la realidad social, cultural y religiosa a la que somos enviados.

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

El discípulo misionero no puede salir en misión hasta las últimas periferias, si no recupera el ardor misionero y si no descubre quiénes son y cómo viven las personas que, como nosotros, esperan y necesitan ser liberadas de la marginación humana, social y espiritual en la que viven, aunque no lo manifiesten explícitamente.

1.1 Nuestros comportamientos religiosos

La mirada creyente a las personas que forman parte de la diócesis, nos permite constatar que sus comportamientos religiosos no difieren mucho de lo que sucede en otros lugares de España. Existe un buen grupo de bautizados, tanto en los pueblos como en las ciudades, con una fe adulta, con una buena formación cristiana y con un profundo amor a la Iglesia. En mis visitas a las parroquias, descubro grupos de cristianos muy conscientes de su vocación y de su misión en la Iglesia y en el mundo. Viven entregados al Señor y atentos a las necesidades de sus semejantes.

Junto a estos buenos cristianos hay otros hermanos que han recibido el sacramento del bautismo, pero no han descubierto su pertenencia gozosa a la Iglesia de Jesucristo. Estos hermanos, aunque acuden esporádicamente a alguna celebración litúrgica con los restantes miembros de la comunidad, han caído en la indiferencia religiosa y no sienten la necesidad de participar en las actividades evangelizadoras de la parroquia.

Las convicciones religiosas de estos hermanos no influyen normalmente en sus comportamientos familiares, socia-

les o laborales. Por un lado, van las esporádicas prácticas religiosas y por otro la vida de cada día. Los estudiosos de la religión suelen afirmar que estos creyentes viven sin experimentar la pertenencia a la comunidad cristiana. Cuando se les pregunta por su fe confiesan creer en Dios, pero no experimentan la llamada a celebrarla y vivirla en la Iglesia y en el mundo.

Esta falta de pertenencia a la Iglesia y el alejamiento de la parroquia de bastantes bautizados sin razones objetivas, además de mostrar una deficiente formación cristiana, manifiesta también el fuerte influjo ejercido por la secularización en los comportamientos religiosos, así como en las relaciones familiares y sociales.

En este ambiente de creciente indiferencia religiosa, aun tenemos que dar gracias a Dios porque bastantes niños y jóvenes celebran los sacramentos de la iniciación cristiana después de participar con gozo en un proceso de catequesis parroquial. Sin embargo, comprobamos con dolor que, cuando deberían asumir un compromiso evangelizador en la parroquia y en la sociedad como piedras vivas de la Iglesia, se alejan de la comunidad parroquial sin tener en cuenta lo vivido y celebrado durante los años de catequesis.

La ausencia de un encuentro personal con Jesucristo, como el Amigo que nunca falla, y la incapacidad para escuchar la invitación al seguimiento, como único camino para experimentar la auténtica felicidad, explican en buena medida el alejamiento de las prácticas sacramentales y la huida de

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

tantos adolescentes y jóvenes después de recibir los dones del Espíritu y su fuerza evangelizadora en el sacramento de la confirmación.

Los catequistas y los presbíteros constatamos con dolor que muchos jóvenes y adultos crecen interiormente divididos pues, por una parte, descubren que necesitan a Dios como plenitud de sentido para su existencia y como esperanza cierta de salvación, pero, por otra parte, se ven arrastrados por la indiferencia religiosa y por la secularización a poner su corazón en las realidades materiales, cerrándose así a la trascendencia.

En esta difícil coyuntura para la evangelización, existen también algunos bautizados que, debido al desconocimiento del ser y de la misión de la Iglesia, han dejado de preguntarse por su fe, permanecen indiferentes ante el hecho religioso y, en ocasiones, pretenden acallar u ocultar la actividad educativa de la Iglesia y el quehacer social de tantos voluntarios que cada día dan fuerza y vigor a las instituciones eclesiales.

1.2 Crisis antropológica

Aunque la constatación de los comportamientos religiosos de nuestros semejantes es muy importante para poder evangelizar, sin embargo, no podemos conformarnos simplemente con descubrir unos hechos que nos desconciertan. El abandono de las prácticas religiosas y las manifestaciones de indiferencia religiosa por parte de bastantes jóvenes y adultos, tienen que hacernos pensar. ¿Qué ha sucedido para

que nos encontremos con esta realidad impensable hace unos años? ¿Por qué hemos llegado a esta situación? ¿Qué quiere el Señor que hagamos?

Las respuestas, sin duda, son variadas. Pero, si hacemos un análisis somero de las manifestaciones y comportamientos de algunos hermanos, podemos descubrir que la crisis del hombre europeo y, por tanto, de los españoles, no es una simple crisis religiosa. Más allá de las convicciones y comportamientos religiosos, existe una profunda crisis antropológica. La misma concepción de la identidad de la persona está hoy en crisis.

Algunos hermanos, fascinados por los desarrollos tecnológicos y por los descubrimientos científicos, se consideran poderosos, capaces de dominar el mundo y dispuestos a controlar la vida de sus semejantes. Aunque los progresos científicos y técnicos no han significado un crecimiento en valores humanos ni en la búsqueda de sentido, sin embargo, algunos albergan la convicción de poder organizar la existencia en esta tierra por sí mismos, sin contar con la ayuda de Dios ni de sus semejantes.

La confianza ilimitada en la inteligencia y en las propias capacidades han hecho posible que el ser humano se considere el centro de todo y se cierre sobre sí mismo, asumiendo como norma de conducta los criterios culturales del momento o los propios deseos. La pretensión, aunque sea inconsciente, de ocupar el lugar reservado a Dios y el propósito de no dar cuentas a nadie de los propios comportamientos es-

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

tán provocando en bastantes bautizados una profunda crisis de fe y una pérdida creciente del sentido de la existencia, al considerarse más de lo que realmente son.

Encerrado sobre sí mismo y deslumbrado por sus conocimientos, el ser humano puede llegar a perder la capacidad de amar a sus semejantes, de dialogar con ellos y de conocer sus necesidades. Es más, la exaltación del ser humano, sin ningún tipo de relación con Dios, puede llevarle a decidir quién tiene que vivir y quién debe morir, sin que esto le cause graves problemas morales. De este modo los derechos de los demás pueden ser pisoteados o, incluso, anulados cuando se trata de defender los propios intereses.

Esta concepción de la persona totalmente alejada de la verdad da lugar a un estilo de vida centrado en el subjetivismo y en el relativismo práctico que, como nos recuerda el papa Francisco, es mucho “más peligroso que el doctrinal”¹. Cuando el ser humano pone sus intereses egoístas y sus conveniencias personales en primer plano, hace que todo se vuelva relativo y subjetivo. Al olvidar que todo es un don de la providencia divina, la persona puede llegar a pensar y actuar como si Dios y los otros no existieran.

1.3 Libertad alejada de la verdad

Este autoengaño de algunos hermanos, al considerarse más de lo que son y pretender ocupar el lugar reservado a Dios, afecta también a la concepción de la libertad. Son mu-

¹ Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, n. 80.

chas las personas que cada día dan testimonio de una libertad fundamentada en Dios y en la búsqueda de la verdad y del bien. La fidelidad al Evangelio, la preocupación por los necesitados y la defensa de la justicia confirman que la verdadera libertad no está reñida con la entrega a Dios ni con el servicio a los demás.

Pero, junto a quienes buscan la libertad desde la apertura a Dios y a los hermanos, podemos detectar que cada día son más las personas que, condicionadas por la búsqueda del propio interés, conciben la libertad humana como la simple posibilidad de tomar decisiones sin referencia a la verdad y al bien. Como consecuencia de ello programan su existencia pensando únicamente en el propio bienestar, sin referencia a la verdad objetiva, y sin preocupación por la suerte de sus semejantes.

Cuando esto sucede, la libertad llega a identificarse con el capricho, el gusto y el deseo. En estos casos el juicio sobre lo que es bueno o malo ya no está sustentado en Dios ni en verdades objetivas, sino en los deseos, gustos y apetencias de cada persona. Esta libertad, con el paso del tiempo, degenera en la esclavitud de los propios instintos y en la búsqueda de los egoísmos personales. Quienes reivindican una libertad soberana caen luego en la esclavitud del ambiente social, de la moda o del qué dirán.

En esta realidad Dios ya no tiene cabida, pues el simple reconocimiento de su existencia y de sus enseñanzas crearía graves dificultades para el desarrollo de la libertad, para la

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

realización personal y para la consecución de la felicidad. Las normas morales, aunque tengan su fundamento en el Evangelio, en la dignidad de la persona y en la naturaleza de las cosas, tampoco tienen sentido, pues serían un lastre para el desarrollo de la libertad y para el “progreso” de la sociedad.

Si partimos de estos presupuestos es posible entender, aunque no aprobar, el deseo de algunos pensadores y de bastantes ciudadanos que consideran que el anuncio del Evangelio debería quedar reducido únicamente al interior de los templos, pues las manifestaciones públicas del mismo serían un obstáculo para el ejercicio de la libertad personal y para el desarrollo de una sociedad “moderna”, “progresista” y “libre”.

1.4 Egoísmo e individualismo

Con estas premisas, los comportamientos egoístas y las decisiones individualistas no plantean grandes dificultades. Cada persona podrá vivir la preocupación por el propio bien como lo más importante de su existencia, olvidando la necesidad de poner los dones y talentos recibidos del Señor al servicio del bien común. Esta falta de solidaridad con los demás facilitaría también la victoria del más fuerte sobre el débil.

Cuando el ser humano vive en sí y para sí, resulta fácil entender que no quiera pensar en Dios ni confrontarse con los hermanos. Quienes se cierran sobre sí mismos y viven obsesionados por la consecución de una libertad sin límites, con el paso del tiempo, pueden llegar a olvidar su radical dependencia de Dios y de los hermanos para realizarse como

seres humanos compartiendo con ellos alegrías y sufrimientos.

La acentuación de la libertad al margen de la verdad y del bien ha favorecido también el desarrollo del individualismo, con su influencia negativa en la misma concepción de la vida espiritual por parte de bastantes creyentes. En contra de la opinión de quienes han dado especial importancia a la relación privada con Dios, los Padres de la Iglesia ya afirmaban que la salvación debía ser entendida como una realidad comunitaria pues, desde el día del bautismo hemos sido incorporados a una comunidad de redimidos.

Ante el individualismo enfermizo el libro del Génesis, desde sus primeras páginas, insiste en la necesidad de descubrir la complementariedad y la solidaridad entre unos y otros para el propio crecimiento. “Vio Dios que no era bueno que el hombre estuviese solo y, por eso, le concedió la ayuda de la mujer, creándolos hombre y mujer” (Gn 2, 18). Hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios como seres sociales, cuya plena realización solo tiene lugar en la apertura amorosa a Él y a los hermanos.

Por otra parte, si queremos tener fija la mirada en el Señor, fuente de nuestra alegría y fundamento de nuestra misión, hemos de asumir que somos miembros del Pueblo de Dios. La “vida verdadera, hacia la cual tratamos de dirigirnos siempre de nuevo, comporta estar unidos existencialmente en un <pueblo> y solo puede realizarse para cada persona dentro de este <nosotros>”². Las voces que

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

puedan surgir en la Iglesia y en la sociedad señalando que este planteamiento va en contra de la cultura actual, nos están recordando que es necesaria una nueva evangelización de la cultura.

Solo si nos convertimos a Dios y salimos de nuestros intereses, como Él salió y sale de sí mismo para encontrarse con todos los seres humanos por medio de su Hijo, podremos alcanzar la verdadera liberación y la felicidad. La salida del ser humano hacia Dios para abandonarse en Él y para estar a su disposición, le exige permanecer en su amor y en sus enseñanzas para aprender a amar y vivir en libertad.

Cuando la persona actúa desde estos planteamientos evangélicos, encuentra la verdadera libertad porque orienta su camino desde el querer de Dios y no desde los propios deseos. Como esto no se consigue de la noche a la mañana, cada día hemos de pedir al Señor que nos saque de nosotros mismos, nos conceda morir a nuestros egoísmos y abra nuestro corazón a Él y a los hermanos.

En la celebración de los sacramentos, especialmente en la Eucaristía, nos ponemos en las manos de Dios y experimentamos su amor entregado por nosotros y por nuestra salvación para expresarlo en el servicio a nuestros semejantes. Solo si acogemos al Señor y le permitimos caminar con nosotros, podremos ser sus instrumentos en la búsqueda de la paz y tendremos la fuerza interior necesaria para mostrar a Cristo a los hermanos, invitándoles a acogerlo como cami-

² Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, n. 14.

no necesario e insustituible para vivir la experiencia de la rendición y de la auténtica liberación.

1.5 Globalización de la indiferencia y exclusión social

Cuando la persona se aleja de Dios y actúa con criterios individualistas, llega un momento en que las noticias sobre el hambre, la violencia y la miseria que sufren millones de hermanos, cerca o lejos de nosotros, no le afectan. Con estos criterios, todos podemos acostumbrarnos a contemplar la violencia y el mal, como si fuesen algo irreversible o como si no tuviesen relación con nosotros y con nuestros actos.

En este ambiente de subjetivismo e individualismo, gracias a Dios, constatamos testimonios admirables de desprendimiento y solidaridad. Muchas situaciones de pobreza y de dificultad en la familia se resuelven gracias a la colaboración generosa de todos sus miembros. Bastantes catástrofes y problemas sociales es posible afrontarlos con esperanza, gracias a la colaboración de miles de voluntarios que no dudan en ofrecer su tiempo y su dinero para servir a sus semejantes sin esperar nada a cambio.

A pesar de estos testimonios, no podemos ocultar que muchas personas viven obsesionadas por la satisfacción de sus deseos egoístas y por la acumulación de bienes materiales. Quienes ponen el centro de sus preocupaciones en el dinero, sin darse cuenta, se convierten en seres egoístas, adoradores del becerro de oro e incapaces de escuchar el lamen-

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

to de los que sufren y pasan hambre por haber sido excluidos de los bienes materiales.

La economía sin rostro, practicada por las grandes multinacionales y por bastantes grupos con intereses económicos en su actividad diaria, va generando periferias, marginación y exclusión social. De este modo, mientras millones de personas en los países desarrollados disfrutan de los descubrimientos tecnológicos y científicos, estos avances no llegan a quienes tienen dificultades para subsistir por falta de alimentos en los suburbios de las grandes ciudades o en los países empobrecidos.

Esto quiere decir que no está garantizado que el ser humano despliegue sus capacidades para el bien, para paliar las necesidades de sus hermanos, sino que se queda con todo lo que produce y, en ocasiones, con lo que producen los demás. La corrupción tan generalizada en todos los ámbitos de la vida social es buena muestra de esta utilización egoísta de los bienes materiales, a pesar del destino social de los mismos.

La idolatría del dinero no solo provoca graves injusticias en la distribución de los bienes, que Dios quiere que sirvan para el sustento y para el desarrollo de todos sus hijos, sino que está generando una verdadera economía de la exclusión.

En nuestros días, millones de personas son excluidas de la convivencia social y tiradas al borde del camino sin que nadie acuda en su auxilio ni les dé la mano para ayudarles a reintegrarse en la sociedad.

En ocasiones, detrás de tanto egoísmo, está también latente la concepción engañosa de que los recursos del planeta son ilimitados y, por lo tanto, pueden consumirse sin límites. Este planteamiento, además de ser una falsedad, olvida la finitud humana, desprecia el bienestar de las futuras generaciones y no tiene en cuenta que existen otras necesidades en el ser humano que están al margen de la producción y del consumo.

1.6 Progresiva despoblación de algunas zonas de la diócesis

Además de estos problemas generados por la falsa concepción de la verdad y del bien, en nuestra querida diócesis de Sigüenza-Guadalajara sufrimos también la dolorosa experiencia de la despoblación progresiva de algunas zonas de la misma. Nos encontramos en una diócesis eminentemente rural y despoblada. Muchos pueblos, que en su día tuvieron colegio y un buen número de niños en sus aulas, en la actualidad apenas cuentan con un puñado de habitantes y la mayor parte de ellos están jubilados.

La escasa productividad de algunas tierras, la proliferación de los minifundios, el progresivo descenso de la natalidad, la distancia de los centros de salud y de los colegios son algunas de las causas que obligaron, desde hace ya varias décadas, a bastantes personas de las zonas rurales, a emigrar a otros lugares de España o del extranjero para buscar un trabajo estable y para conseguir un futuro mejor para ellas y para sus hijos.

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

Como consecuencia de esta emigración voluntaria o forzada, que aún persiste en nuestros días, podemos constatar la existencia de parroquias con muy poca población y con graves dificultades para el mantenimiento de sus templos. Durante la mayor parte del año, resulta imposible congregar una comunidad estable de hermanos para celebrar la fe, para el ejercicio de la caridad y para el anuncio del Evangelio.

Si a esto añadimos la disminución del número de sacerdotes en activo, como consecuencia de la enfermedad de unos y de la avanzada edad de otros, así como el reducido número de vocaciones al presbiterado, parece evidente que hemos de buscar entre todos nuevos métodos y nuevas formas de evangelizar, contando siempre con la corresponsabilidad de los consagrados y de los cristianos laicos.

Aunque sobre este aspecto de la pastoral ya hemos reflexionado durante los últimos años, considero que deberíamos prestarle especial atención en las deliberaciones del sínodo diocesano. Entre todos hemos de buscar las nuevas formas, los nuevos métodos y el nuevo estilo de ejercer la pastoral en los años venideros, para acompañar humana y espiritualmente a las buenas gentes de las zonas rurales de la diócesis.

En estos momentos, además de los esfuerzos y entrega de los sacerdotes diocesanos, tenemos que agradecer la presencia y la colaboración pastoral de los sacerdotes venidos de otros continentes, que nos acompañan con su celo pastoral y con su generoso servicio a las parroquias que tienen

MONS. ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

encomendadas. Pero, sobre todo, hemos de agradecer la labor callada de tantos laicos que mantienen los templos con decoro y esmero, animan celebraciones de piedad cristiana o colaboran eficazmente en los consejos pastorales. Si nos faltase su colaboración en estos momentos, sería muy difícil atender muchas parroquias de la diócesis de acuerdo con los criterios pastorales vigentes.

II. Repensemos nuestra identidad cristiana

La evangelización de esta nueva realidad social, cultural y religiosa, además de exigir una escucha atenta de la voz de Dios a partir de las manifestaciones y comportamientos de las personas con las que convivimos, nos obliga también a los bautizados a examinar cómo nos encontramos humana y espiritualmente.

La convocatoria, por el papa Francisco, del mes misionero extraordinario, para el próximo mes de octubre, con el lema: “Bautizados y enviados: la Iglesia de Cristo en misión por el mundo”, nos recuerda que todos los bautizados somos enviados por Dios hasta los confines de la tierra para ser testigos de su amor y de su salvación. Esta responsabilidad, asumida con profundo espíritu de servicio y generosidad por miles de misioneros, es un testimonio que tiene que ayudarnos a vivir en actitud de auténtica disponibilidad a las constantes llamadas del Señor para ser y actuar como misioneros en otros países necesitados o en nuestra propia tierra.

La fe, la inserción en la vida trinitaria y la filiación divina, dones recibidos en el bautismo, nos introducen en la familia de los hijos de Dios para que permanezcamos siempre

en actitud de salida hacia los hermanos. Esto nos obliga a avanzar en la conversión misionera preguntándonos qué quiere y espera el Señor de cada uno de nosotros, pues todo lo que somos, lo que debemos hacer y lo que estamos llamados a ser nace de nuestra inserción en la comunión de vida con la santa Trinidad por el bautismo.

El sacramento del bautismo fundamenta y ofrece luz sobre todas y cada una de las etapas de la vida cristiana, pues en la celebración del mismo el bautizado se entrega a Dios, consagra su vida a la Santa Trinidad y renuncia a actuar con criterios de dominio, de éxito personal o de utilización de los demás. El bautizado, olvidándose de sí mismo, pone su existencia en las manos de Dios para que los años de nuestra peregrinación por este mundo se desarrollen según su querer y estén dirigidos por su mente.

En los siguientes apartados, os invito a reflexionar sobre algunas exigencias del sacramento del bautismo, como acontecimiento decisivo de la vida cristiana, con poder para cambiar radicalmente el horizonte de la existencia humana. Por esto, al llevar a los neófitos a la pila bautismal, la Iglesia pide a Dios para ellos que vivan en el amor, la esperanza y la justicia, contemplando a quien murió y resucitó por ellos y por la salvación de la humanidad.

2.1 Injertados en la vida trinitaria

La vida cristiana tiene su origen y fundamento en la inserción en Cristo por el sacramento del bautismo. Esta vida

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

recibe un nuevo impulso espiritual por la acción del Espíritu Santo en la confirmación y se alimenta constantemente de la mesa de la Palabra y de la mesa de la Eucaristía en la celebración del banquete eucarístico.

El apóstol Pablo, a partir de su vivencia personal, pide a los cristianos de Roma que no olviden su incorporación a la nueva vida del Resucitado por el bautismo: “Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo vamos a seguir viviendo en el pecado? ¿Es que no sabéis que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva” (Rom 6, 2-5).

El testimonio de San Pablo y de tantos santos evangelizadores nos permite descubrir que la piedra angular de sus vidas y de su misión evangelizadora fue Jesucristo. Él tiene que ser también el sólido cimiento sobre el que los cristianos vayamos edificando la vocación y la misión, reconociendo nuestra condición de piedras vivas de la Iglesia.

Jesucristo, mediante la constante acción del Espíritu Santo, viene a nosotros para unirnos a Él y para hacernos partícipes de su vida divina. Por eso sin la permanencia en Cristo y sin la respuesta a la acción del Espíritu Santo en nosotros, es imposible dar fruto de buenas obras. Esto nos recuerda que el cristianismo no se apoya ni se sustenta en una ley o en un conjunto de normas, sino en el encuentro con Cristo y en la respuesta libre a

su voluntad. La permanencia en la comunión con Cristo hace posible que el cristiano viva de acuerdo con la identidad recibida del Espíritu Santo en el bautismo.

Esta experiencia de comunión con Cristo, que nos abre a la comunión con el Padre, mediante la actuación del Espíritu Santo, nos impulsa a tributarle en todo momento nuestra gratitud, puesto que las Personas Divinas nos preceden, nos transforman en criaturas nuevas y nos regalan lo que nosotros debemos dar a los demás. Como nos recordaba el papa Benedicto XVI, los cristianos podemos guardar las enseñanzas del Señor, si permanecemos en Él: “Guardar es el signo del permanecer, y permanecer es el don que Él nos da, pero que debe renovarse cada día de nuestra vida”³.

2.2 Constituidos hijos de Dios

A partir de esta permanencia en la Trinidad, el evangelista Juan nos invita a reconocer y a valorar el regalo inmerecido de la filiación divina: “Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! Queridos hermanos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifeste, seremos semejantes a Él porque lo veremos tal cual es” (1 Jn 3, 1-2).

Con este testimonio, San Juan nos presenta el inmenso amor del Padre, que no duda en hacernos hijos suyos sin mérito alguno por nuestra parte, mediante la acción del Espí-

³ Benedicto XVI, Lectio divina en el Seminario Mayor de Roma, (12 de febrero de 2010).

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

ritu Santo. Esta filiación, que tiene su origen en el sacramento del bautismo, es preciso desarrollarla a lo largo de la vida para que llegue a su plenitud cuando el Señor vuelva al final de los tiempos.

El bautizado, recibido por el Padre, participa de su santidad (Cfr. 2 Pe 1, 4) y es adoptado como hijo. Frente a quienes han perdido la esperanza en el presente y en el más allá, o no han tenido la dicha de conocer el amor de Dios, los cristianos sabemos que nunca estamos solos en el mundo. Dios Padre nos ama y cuida de nosotros para que caminemos en su amor y para que permanezcamos abiertos al don de la fe compartiéndola con nuestros hermanos.

Al ser hijos del mismo Padre, todos somos hermanos y, por tanto, esta vivencia de la fraternidad debe iluminar y condicionar las relaciones con nuestros semejantes: “La verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros. El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura”⁴.

Cada ser humano, especialmente aquellos que experimentan en su carne la pobreza, la marginación o el desprecio, merecen y necesitan nuestra atención, escucha y ayuda. La apertura de mente y corazón a los demás hace posible que superemos la cerrazón sobre nosotros mismos, venciendo el egoísmo, desterrando el individualismo y abriendo el corazón a todos en contra de los criterios de la cultura actual.

⁴ Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, n. 88.

Engendrados por el bautismo para una vida nueva, los cristianos comenzamos un camino de crecimiento en la fe y, de este modo, podemos invocar conscientemente a Dios como Padre, darle gracias por el regalo de su amor y vivir la alegría de ser sus hijos. Por eso, llenos de alegría por ser hijos de Dios, nos dirigimos a Él con la oración que Jesús enseñó a los apóstoles y, en ellos, a todos nosotros.

Con esta oración, que es la oración de quienes se saben hijos de un único Padre y hermanos de todos los hombres, renovamos el compromiso de colaborar en la construcción de un mundo más fraterno, pidiendo para todos los seres humanos el pan de cada día, el perdón de los pecados y el cumplimiento de la voluntad divina.

2.3 Consagrados por Dios

Pero, en el bautismo, el Señor, además de purificarnos e introducirnos en la vida de los hijos de Dios por la acción del Espíritu Santo, nos consagró y nos tomó de la mano para que no vivamos para nosotros mismos, sino para Él y con Él. Esto nos exige dar muerte al pecado en los distintos momentos de la vida: “Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor. Si morimos, morimos para el Señor. En la vida y en la muerte somos del Señor” (Rom 14, 7-ss).

Para permanecer en la comunión de vida y amor con el Señor, Él mismo nos ilumina con su Palabra y nos ofrece su gracia en los sacramentos. Por medio de ellos, Dios viene en

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

ayuda de nuestra debilidad y nos regala su gracia para que la fe recibida de Él por medio de nuestros padres y por el testimonio de la comunidad cristiana crezca y se fortalezca.

Todos los bautizados, aunque en ocasiones no seamos conscientes de ello, deberíamos mantener siempre viva la convicción de que nuestra vida no nos pertenece, sino que le pertenece al Señor. Esto quiere decir que en ningún momento de la vida deberíamos sentirnos solos y, menos aún, en el instante de la muerte. Por eso, con la mente y el corazón centrados en la contemplación de la persona de Jesús, antes que en el “hacer”, tendríamos que fijarnos en el “ser” para superar la rutina espiritual y pastoral.

Conscientes de que vivimos en una sociedad nueva y distinta, los cristianos no debemos olvidar que somos enviados para amar y servir a los hombres en este mundo, pero hemos de hacerlo desde Jesús. Los planes pastorales y las actividades evangelizadoras son importantes y necesarios, pero lo más importante es que lo vivamos todo desde Jesús, pues solo Él tiene capacidad para cambiar el corazón humano.

La profundización en el conocimiento de Jesucristo nos permite crecer en la conversión personal e impulsar la reforma de aquellas estructuras eclesiales que necesitan ser transformadas para el cumplimiento de la misión evangelizadora. Es más, solo desde el discernimiento pastoral, centrado en la contemplación del Maestro, podremos descubrir la voluntad del Padre para nosotros y para la Iglesia en este momento.

Cristo, que es el camino, la verdad y la vida, nos acompaña siempre, en los momentos de luz y de oscuridad, para liberarnos del miedo y llevarnos de la mano a dondequiera que vayamos. No dejemos de buscarlo en la oración y en la escucha de su Palabra. De este modo, podremos experimentar su cercanía y vivir de la claridad de su luz.

2.4 Miembros del Cuerpo de Cristo

El bautismo, además de insertarnos en Cristo, nos hace también miembros vivos de su Cuerpo, que es la Iglesia, pues este sacramento significa y produce la incorporación mística y real del cristiano al Cuerpo crucificado y glorioso de Jesús. Él nos une a todos los bautizados a su muerte para unirnos también a su resurrección (Cfr. Rom 6, 3-5). Por eso, aunque los miembros del cuerpo somos muchos y distintos, “no formamos más que un solo Cuerpo en Cristo” (Rom 12, 5)⁵.

El Espíritu Santo es quien nos hace a todos hijos de Dios y, al mismo tiempo, miembros vivos del Cuerpo de Cristo. Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo Cuerpo (Cfr. I Cor 12, 13). “Ahora bien, vosotros sois el Cuerpo de Cristo y sus miembros, cada uno por su parte” (I Cor 12, 27).

Este acontecimiento misterioso de la incorporación al cuerpo de Cristo por el bautismo, lo describe con gran belleza San Agustín, cuando dice: “David fue ungido rey. En aquel tiempo se ungía solo al rey y al sacerdote. En estas dos per-

⁵ Juan Pablo II, Exhortación Apostólica *Christifideles laici*, n. 12.

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

sonas se encontraba prefigurado el futuro único rey y sacerdote, Cristo (y por eso Cristo viene de “crisma”). Pero no solo ha sido ungida nuestra cabeza, sino que también hemos sido ungidos nosotros, su cuerpo... Por ello, la unción es propia de todos los cristianos, mientras que en el Antiguo Testamento pertenecía solo a dos personas. Está claro que somos cuerpo de Cristo, ya que todos hemos sido ungidos, y en Él somos uno, porque en cierta manera la cabeza y el cuerpo forman el Cristo en su integridad”⁶.

La pertenencia de todos los bautizados al Cuerpo de Cristo nos obliga a acoger, escuchar y amar a cada persona como Dios la ama, teniendo en cuenta su gran dignidad. Un cristiano no puede permanecer indiferente ante los problemas y dificultades de los restantes miembros del Cuerpo de Cristo, pues cuando un miembro sufre, todos experimentan ese sufrimiento. Cada persona nos pertenece pues, además de ser nuestro hermano, es también miembro del mismo Cuerpo.

Los bautizados, por lo tanto, tenemos que desarrollar, profundizar y hacer consciente la pertenencia al Cuerpo de Cristo a lo largo de la peregrinación por este mundo. Para ello, además de escuchar y meditar la Palabra de Dios, hemos de participar consciente y activamente en la misión evangelizadora de la Iglesia.

Al contemplar este regalo inmerecido del Padre, que nos hace hijos suyos por el bautismo y nos concede a

⁶ San Agustín, Comentario al salmo 26.

Cristo como Cabeza del cuerpo eclesial, San Agustín nos invita a entonar la acción de gracias y a presentar nuestra alabanza: “Felicitémonos y demos gracias por lo que hemos llegado a ser, no solamente cristianos, sino el mismo Cristo. ¿Comprendéis, hermanos, la gracia que Dios nos ha hecho al darnos a Cristo como Cabeza? Admiraos, regocijaos, hemos sido hechos Cristo. En efecto, ya que Él es la Cabeza y nosotros somos los miembros... La plenitud de Cristo es pues la Cabeza y los miembros: Cristo y la Iglesia”⁷.

2.5 Iguales en dignidad

La fe donada por Dios, sin mérito alguno por nuestra parte, nos ayuda también a descubrir la igual dignidad de todos los seres humanos. El apóstol Pablo presenta la igual dignidad de todos como una exigencia de la vida nueva recibida por pura gracia en el bautismo: “Los que os habéis incorporado a Cristo por el bautismo, os habéis revestido de Cristo. Ya no hay distinción entre judíos y gentiles, esclavos y libres, hombres y mujeres, porque todos sois uno en Cristo Jesús” (Gal 3, 26-29).

Jesucristo vino al mundo para concedernos a todos los hombres y mujeres la posibilidad de participar de la vida divina y de formar parte de su Cuerpo por su victoria sobre el pecado y la muerte en virtud de la resurrección. “Cristo ha unificado todo en sí: cielo y tierra, Dios y hombre, tiempo y eternidad, carne y espíritu, persona y sociedad. La señal de

⁷ San Agustín, Comentario al Evangelio de San Juan, 21, 8.

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

esta reconciliación de todo en sí es la paz. Él es <nuestra paz>” (Ef 2, 14)⁸.

El Hijo de Dios, que comparte la vida divina con el Padre y con el Espíritu Santo desde toda la eternidad, se hizo carne en el seno de María para compartir nuestra condición de pecadores y para hacernos así partícipes de su misma vida, la vida eterna, que nos cura y resucita. Mediante la acción del Espíritu Santo, el Resucitado nos atrae hacia sí, nos atrae hacia la verdadera vida para llevarnos de la mano y ayudarnos a pasar de la muerte a la vida, introduciéndonos en la vida eterna, en la vida auténtica y justa. Luego nos conduce y acompaña a lo largo de la existencia para que no caigamos en el pecado y superemos los obstáculos del camino.

Cuando los padres llevan a sus hijos a la Iglesia para que reciban el sacramento del bautismo, se convierten en los primeros colaboradores de Dios para la transmisión de la vida espiritual a sus hijos. Por esta razón los padres continúan siendo a lo largo de la vida los principales responsables y acompañantes de la fe de sus hijos.

Consagrados por la acción del Espíritu Santo en el bautismo, los cristianos deberíamos tener siempre muy presente que hemos de vivir como criaturas nuevas, mostrando esta novedad de vida en el trabajo, en la familia, en la convivencia social. Este testimonio no es fácil pues, como bien sabemos, hoy se invierten medios y recursos económicos para que Dios

⁸ Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, n. 229.

no tenga un lugar en la vida pública y quede relegado a la intimidad de la conciencia de cada persona.

Quienes actúan así piensan que, si Dios dejase de ser relevante en la vida pública, sería posible organizar una sociedad sin Él. Aunque esta apreciación en parte puede ser verdad, los que piensan así olvidan que, cuando la persona se aleja de Dios y de sus enseñanzas, puede provocar un desorden social que tiene su repercusión en la relación con sus semejantes y con la creación. Cuando Dios queda eclipsado, la capacidad de hacer el bien y de buscar la verdad se apaga en la mente y en el corazón del ser humano.

Ante quienes viven esclavizados por el tener y por el afán de poseer cosas, los cristianos en virtud del bautismo recibimos el encargo de valorar nuestra dignidad, de no creernos más que los demás y de asumir que hemos de permanecer y actuar a partir de la vida nueva recibida en el bautismo y fortalecida en los restantes sacramentos.

2.6 Iluminados por Cristo

Jesucristo, Luz verdadera del mundo, con su resurrección vino a iluminar la oscuridad del pecado y de la muerte. El mismo Señor que nos dice que Él es la luz del mundo, nos dirá también a sus seguidores que somos luz del mundo. San Pablo, convencido de esta verdad, nos invita a los cristianos a presentar constantemente la acción de gracias al Padre celestial “porque los ha hecho capaces de compartir la herencia de los santos, en la luz” (Col 1, 12).

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

Esta luz ha penetrado en nosotros por el bautismo para que, transformados en hijos de la luz, la irradiemos a nuestros semejantes con el testimonio de las palabras y de las obras. Los padres de la Iglesia, desde los primeros siglos, enseñan que el bautismo es el sacramento de la “iluminación” pues, por medio de él, se nos comunica el conocimiento de Jesucristo, luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.

El mismo Espíritu, que nos enseña cómo debemos orar, es también el que ilumina constantemente el camino que hemos de recorrer para salir al mundo, al encuentro de los hermanos. El Espíritu Santo enciende en nosotros el fuego del amor y nos envía hasta los confines de la tierra para mostrar a todos los hombres que Dios nos regala la posibilidad de ser sus hijos y de vivir como hermanos.

Para expresar esta realidad misteriosa, el sacerdote, en la celebración del bautismo, entrega a los padres y padrinos una vela encendida en el cirio pascual, representación de Jesucristo resucitado. Al entregársela, les recuerda que sus hijos, transformados por la luz de Cristo, han de caminar por la vida como hijos de la luz hasta llegar al encuentro definitivo con Él en la gloria. A partir de este momento, los padres se comprometen a acompañar con sus palabras y con su testimonio creyente a los recién bautizados, para que la luz de Cristo ilumine en todo momento sus comportamientos.

Desde que somos ungidos por el Espíritu Santo en el bautismo, todos los bautizados hemos de colaborar con Él

para que esta luz no se apague pues, si esto sucediese, volveríamos a caer en la oscuridad sobre la realidad divina y en el desconocimiento de nosotros mismos. En todo momento hemos de asumir que, por la acción del Espíritu Santo, en el bautismo hemos dado el paso de las tinieblas a la luz verdadera para permanecer en esta luz y para que la paz actúe en el mundo.

Cuando el sacerdote nos invita en la Santa Misa a levantar el corazón a Dios, nos está recordando que hemos de olvidarnos de nuestras preocupaciones, de nuestras angustias y deseos, para centrar la mente y el corazón totalmente en Jesucristo, que viene sobre el altar para iluminar nuestro camino y para alimentar nuestros cansancios. Con esta llamada de atención, se nos pide que renovemos nuestro bautismo y que nos alejemos de los caminos que nos separan del amor de Dios y de los hermanos.

Esto quiere decir que hemos de permanecer en actitud de constante conversión al Señor para crecer en la identificación con Él y en el servicio a nuestros semejantes. Siempre necesitamos elevar nuestros corazones para actuar con los criterios de lo alto, con los criterios de Dios, y para no dejarnos arrastrar por los deseos del mundo.

La victoria sobre la tentación de la mundanidad, que nos afecta también a los bautizados por participar de los aspectos positivos y negativos del mundo, nos exige levantar la mirada hacia Dios, de quien nos viene la salvación, el perdón y la misericordia. Somos ciudadanos del cielo, de donde es-

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

peramos un Salvador, Jesucristo. Por eso, durante los días de nuestra peregrinación por este mundo, hemos de vivir con la convicción de que estamos de paso y no tenemos aquí morada definitiva.

2.7 Partícipes del oficio sacerdotal, profético y real de Cristo

La acción purificadora y santificadora del Espíritu Santo en el bautismo, al injertarnos en Cristo, nos hace también partícipes de su oficio sacerdotal, profético y real: “La participación de los fieles laicos en el triple oficio de Cristo Sacerdote, Profeta y Rey, tiene su raíz primera en la unción del bautismo, su desarrollo en la confirmación y su cumplimiento y dinámica sustentación en la Eucaristía”⁹.

Esta participación misteriosa en el triple oficio de Cristo por el bautismo aparece explicitada con mucha claridad en la oración que el presbítero dirige al Padre en el momento de la unción bautismal con el santo crisma. En esta oración se dice: “Dios todopoderoso... te consagre con el crisma de la salvación, para que entres a formar parte de su pueblo y seas para siempre miembro de Cristo, sacerdote, profeta y rey”.

Por esta invocación al Padre y por la unción del Espíritu Santo, los niños o adultos que reciben el sacramento del bautismo, no solo son consagrados a Dios, sino que participan del triple “munus” (función, oficio) de Cristo, al entrar a for-

⁹ Juan Pablo II, *Christifideles laici*, n. 14.

mar parte del pueblo santo de Dios y al ser engendrados como miembros vivos del Cuerpo de Cristo.

A lo largo de nuestra peregrinación por este mundo, los cristianos deberíamos asumir al mismo tiempo el sacerdocio, el profetismo y la realeza. No se entiende un cristiano que sea sacerdote, sin que sea al mismo tiempo profeta y rey. Por el profetismo, nos comprometemos a acoger el Evangelio con fe y a anunciarlo de palabra y de obra, sin vacilar en la denuncia del mal. Cada uno tenemos que vivir la novedad del Evangelio en la vida cotidiana, familiar y social, manifestando con paciencia y valentía la esperanza en la gloria futura en medio de las contradicciones de la época presente.

Como partícipes de la realeza de Jesucristo, recibimos el encargo de servir al Reino de Dios y difundirlo en la historia. Puesta la mirada en Cristo, hemos de vivir esta realeza asumiendo la lucha espiritual para desterrar de nosotros el reino del pecado (Cfr. Rom 6, 12) y para servir en la justicia y en la caridad al mismo Jesús, especialmente presente en los hermanos más necesitados (Cfr. Mt 25, 40). Los fieles laicos, además, por su “índole secular”, son llamados por el Señor a dar a toda la creación su valor originario, cuidando de ella y administrándola para que todos puedan beneficiarse de sus dones. Esto quiere decir que han de orientar todo lo creado al verdadero bien del hombre.

Por el ejercicio del oficio sacerdotal, los bautizados participamos de la entrega de Cristo en la cruz y de su donación permanente en los sacramentos para gloria del Padre y sal-

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

vación de la humanidad. Incorporados a Cristo por el bautismo, los cristianos permanecemos íntimamente unidos a Él y a su sacrificio mediante el ofrecimiento de nuestras personas y de nuestras actividades diarias (Cfr. Rom 12, 1-2).

El Concilio Vaticano II, al referirse al ejercicio del sacerdocio por parte de todos los fieles, nos dirá: “Todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso espiritual y corporal, si son hechos en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales aceptables a Dios por Jesucristo (I Pe 2, 5), que en la celebración de la Eucaristía se ofrecen piadosamente al Padre junto con la oblación del cuerpo del Señor. De este modo también los laicos, como adoradores que en todo lugar actúan santamente, consagran a Dios el mundo entero”¹⁰.

Esto nos obliga a poner los medios para ayudar a todos los cristianos a participar de forma consciente y activa en las celebraciones litúrgicas, teniendo en cuenta que el verdadero sentido de la participación no consiste en hacer más cosas, sino en la vivencia interior del misterio celebrado. La participación activa se refiere fundamentalmente a la comunión de sentimientos, de pensamientos y de actuaciones con las de Cristo.

¹⁰ Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, n. 34.

III. Concreciones para la vida espiritual y pastoral

La indiferencia religiosa y la progresiva secularización de la sociedad no pueden conducirnos al desánimo ni a la pérdida de la paz. El Señor nos invita a colaborar con Él, de forma generosa, en la renovación de la fe de los bautizados y en la invitación a la fe a quienes no han tenido la dicha de conocerle. Por lo tanto, sin esperar a recoger los frutos de la misión, hemos de poner los medios para que, en los años venideros, los más jóvenes asuman con gozo el seguimiento de Jesucristo y el anuncio del Evangelio.

Por otra parte, la contemplación de los distintos aspectos, con los que el sacramento del bautismo transforma nuestra existencia cristiana e ilumina nuestra misión, nos ayuda a entender que todo nuestro ser y quehacer tienen su origen en Dios y en la participación del misterio Trinitario. Esto nos exige vivir y actuar siempre en comunión con el Padre, iluminados por Jesucristo e impulsados por la fuerza del Espíritu Santo.

La celebración del sínodo diocesano es una magnífica oportunidad para recorrer ese camino acompañados por los

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

hermanos en las distintas etapas de su celebración. Conscientes de que Dios siempre sale primero a nuestro encuentro, las deliberaciones sinodales y las conclusiones de la asamblea sinodal tienen que ser la respuesta a la llamada del Señor para que, ante todo, se cumpla su voluntad en la Iglesia y en el mundo.

Teniendo en cuenta que el sínodo ha de ser una ocasión para crecer espiritualmente en la fidelidad al Señor, en el amor a la Iglesia y en la búsqueda de nuevos caminos para el anuncio del Evangelio, en este último apartado de la carta pastoral os ofrezco algunas conclusiones prácticas que tienen su origen en el bautismo y que deberían ayudarnos a hacer una revisión personal y comunitaria de nuestra vocación y misión.

3.1 Asumir la realidad para poder evangelizar

La contemplación de la realidad diocesana nos permite descubrir que en nuestra sociedad existen muchos valores cristianos y que hay muchos bautizados con una fe madura, consciente y convencida. Por todo ello, debemos dar incesantes gracias a Dios. Pero, al mismo tiempo, hemos de reconocer también que hay muchos hermanos, jóvenes y adultos, bautizados o no, para quienes la fe en Jesucristo es una cuestión del pasado sin repercusión en sus actitudes y comportamientos.

En nuestros días, muchas personas no cuentan con Dios ni esperan el cumplimiento de sus promesas de heredar la

vida eterna. Confiesan creer y desean vivir su fe en Jesucristo, pero luego se ven arrastrados por las nuevas formas de vida que propone la cultura actual y que se van aceptando inconscientemente.

Estos hombres y mujeres, alejados de la fe y arrastrados por la indiferencia, no dejan de ser nuestros hermanos ni dejan de ser llamados a vivir como hijos de Dios. Por lo tanto, en la acción pastoral, deberíamos tener muy presente que el Señor no vino al mundo para llamar a los justos, sino a los pecadores. Nosotros mismos no somos mejores que ellos, pues también somos pecadores y estamos necesitados de verdadera conversión.

Puesto que la evangelización debe estar especialmente centrada en la proclamación del Evangelio a quienes no conocen a Jesucristo, hemos de asumir que todos tienen el derecho de recibir el Evangelio y, por lo tanto, “los evangelizadores tenemos el deber de anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable: la Iglesia no crece por proselitismo sino por atracción”¹¹.

Esto quiere decir que la salida misionera de la Iglesia y de cada cristiano es una exigencia para poder evangelizar hoy. Por lo tanto, no podemos permanecer pasivamente en nuestros templos, sino que hemos de dar los pasos necesarios para pasar de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera.

¹¹ Francisco, *Ibid.* 14.

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

“Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual. En realidad, toda auténtica acción evangelizadora es siempre <nueva>”¹².

3.2 Revitalizar la fe de los creyentes

La auténtica respuesta a la realidad de increencia e indiferencia religiosa tiene que venir por la purificación, revitalización y maduración en la fe y en el amor de los miembros de nuestras comunidades cristianas. Sin esta renovación humana y espiritual de los bautizados, no será posible una presencia consecuente con la fe en la cultura, en la familia y en los distintos ámbitos de la sociedad.

Sin una renovación espiritual de los evangelizadores, mediante la escucha de la Palabra de Dios y la conversión a Él, no será posible proponer el Evangelio a quienes viven en las periferias. La respuesta a la actuación del Espíritu en nosotros, nos permitirá emprender “una opción misionera, capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación”¹³.

Para evangelizar en la nueva realidad social, cultural y

¹² Francisco, *Ibid*, 11.

¹³ Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 27.

MONS. ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

religiosa, hemos de pararnos antes a contemplar a Jesucristo, el primer evangelizador. No podremos anunciar el Evangelio, si no vivimos con Jesús y como Jesús. “Para todo discípulo es indispensable estar con el Maestro, escucharle, aprender de Él, siempre aprender. Si no escuchamos, todas nuestras palabras serán únicamente ruidos que no sirven para nada”¹⁴.

Cuando nos paramos a contemplar a Jesucristo durante los años de su vida pública, podemos constatar que vivió la misión confiada por el Padre, atento siempre a la búsqueda de su voluntad y preocupado por ayudar a los hermanos a descubrir la presencia de su amor misericordioso en el mundo.

Esta fidelidad a la voluntad del Padre es la que Jesús pide a los apóstoles y a todos los que quieran ser sus discípulos, aunque en el cumplimiento de la misión tengan que experimentar la incomprensión, el rechazo o la indiferencia. Por eso, para ser misioneros, antes debemos ser discípulos, dispuestos a aprender del Maestro hasta llegar a identificarnos con Él en la forma de pensar y de actuar.

Ante la indiferencia religiosa y el olvido de Dios que palpamos en la sociedad, los cristianos hemos de mantener viva la relación con Él mediante la oración personal y comunitaria. En la oración descubrimos que el Señor tiene que ser siempre el centro de nuestra existencia y de nuestra actuación. Él es quien nos llama constantemente a la conversión y al seguimiento.

¹⁴ Francisco, Exhortación Apostólica *Gaudete et exultate*, n. 150.

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

Esto nos obliga a analizar el sentido y la orientación de nuestras prácticas religiosas, pues todos corremos el riesgo de caer en la costumbre y en la rutina. Para crecer en la comunión con Dios y para hacer un verdadero discernimiento pastoral, durante la celebración del sínodo hemos de revisar la autenticidad y verdad de nuestra oración y de nuestra participación en las celebraciones litúrgicas.

En comunión con nuestros hermanos, tendríamos que preguntarnos: ¿Cuidamos las celebraciones litúrgicas o las vivimos como si fuesen una actividad más en nuestra vida? ¿Somos conscientes de que la celebración sacramental es un encuentro con Cristo muerto y resucitado, y con toda la Iglesia? ¿Los encuentros con Dios en la oración son el fundamento y el centro de nuestra vida diaria y de nuestra actividad misionera? ¿Además de pedir y dar gracias a Dios por los dones recibidos de su mano bondadosa, buscamos su voluntad? ¿La actividad pastoral es la respuesta al querer de Dios o es la expresión de nuestros deseos?

3.3 No ser conformistas

Los cristianos, inundados por la vida del Resucitado en el sacramento del bautismo, somos transformados en lo más íntimo de nuestro ser por la participación en la santidad de Dios y compartimos la misma vocación a la santidad por la unción del Espíritu Santo. Esto nos obliga a emprender cada día un camino de renovación evangélica, acogiendo la invitación del apóstol a “ser santos en toda la conducta” (I Pe 1, 15).

El Concilio Vaticano II nos hace caer en la cuenta de esta presencia sanadora y santificadora de Jesucristo en la Iglesia y en los sacramentos, cuando afirma: “Cristo está siempre presente en la Iglesia, sobre todo en las acciones litúrgicas... Está presente con su fuerza en los sacramentos de modo que cuando alguien bautiza es Cristo mismo quien bautiza, cuando alguien perdona los pecados es Cristo mismo quien perdona”¹⁵.

San Juan Pablo II, al comenzar el milenio, nos recordaba que no podemos ser cristianos mediocres, pues “si el bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno: ¿quieres recibir el Bautismo?, significa al mismo tiempo preguntarle: ¿quieres ser santo? Significa ponerle en el camino del Sermón de la Montaña: <Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial>” (Mt 5, 48)”¹⁶.

El papa Francisco considera que los cristianos necesitamos un espíritu de santidad capaz de impregnar los momentos de soledad y de servicio, los espacios de intimidad con Dios y la actividad apostólica. De este modo, cada instante de la existencia podrá ser expresión de amor entregado bajo la mirada de Dios. Esto lleva consigo vencer el miedo a la santidad: “No tengas miedo a la santidad. No te quitará fuerzas,

¹⁵ Concilio Vaticano II *Sacrosanctum concilium*, n. 7.

¹⁶ Juan Pablo II, Exhortación Apostólica *Novo millennio ineunte*, n. 31.

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

vida o alegría. Todo lo contrario, porque llegarás a ser lo que el Padre pensó cuando te creó y serás fiel a tu propio ser”¹⁷.

Durante la celebración del sínodo diocesano, hemos de reflexionar sobre la vocación de todos los bautizados a la santidad, pues es un presupuesto y una condición para llevar a cabo la misión salvífica de toda la Iglesia. Revestidos de Cristo, los cristianos nos convertimos en criaturas nuevas por el baño del agua y por la acción del Espíritu en el bautismo, y debemos permanecer en comunión de amor y de vida con las Tres personas divinas a lo largo de la vida por la meditación de la Palabra y la participación frecuente en los sacramentos.

Ciertamente estamos sometidos a la tentación y, con frecuencia, descubrimos pecados e incongruencias, que nos impiden poner la vida y las preocupaciones de cada día en las manos de Dios. El orgullo, el deseo de imponer los propios criterios, la envidia, la incapacidad para dudar de nosotros mismos y la negación del perdón a los hermanos son manifestaciones de nuestras flaquezas y de nuestra necesidad de conversión.

Por eso, desde el humilde reconocimiento de nuestros pecados, en los grupos sinodales deberíamos revisar nuestros comportamientos con Dios y con los hermanos para avanzar en el camino de la conversión con la ayuda de la gracia y mediante el sacramento de la reconciliación. Sin poner los medios para desterrar el pecado de nuestra vida, será muy

¹⁷ Francisco, *Gaudete et exultate*, n. 32.

difícil impulsar la corresponsabilidad pastoral y avanzar en la evangelización. Es más, será imposible escuchar la llamada de Dios a actuar como hijos suyos y como hombres libres que, ante todo, ponen la confianza en su misericordia y perdón.

¿En la relación con los hermanos y en la actividad pastoral me busco a mí mismo? ¿Sé reconocer mis pecados ante Dios y ante los hermanos pidiendo perdón por ellos? ¿Me busco a mí mismo o pongo los medios para la construcción de una Iglesia, que sea signo de comunión con Dios y de unidad entre los hijos de un mismo Padre?

La liturgia, que es la oración oficial de la Iglesia, la oración que los cristianos dirigimos al Padre, por medio de Jesucristo, bajo la actuación del Espíritu Santo, es siempre un diálogo de amor que lleva consigo una verdadera actitud de conversión. Por ello, la participación en las celebraciones litúrgicas es siempre una invitación a salir de nuestro egoísmo para vivir la solidaridad con nuestros semejantes, centrando nuestra vida en el Tú de Dios y en el sometimiento a su voluntad.

3.4 Urgencia del acompañamiento personalizado

Además de cuidar la espiritualidad y la formación cristiana, para poder anunciar el Evangelio es preciso que todos recuperemos la alegría. No podemos presentar a quienes se han alejado de Dios o no han tenido la dicha de conocerlo un mensaje, que es Buena Noticia para todos, con tristeza y sin convicción.

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

Por otra parte, al pensar en una respuesta pastoral, especialmente a los alejados, deberíamos tener muy presente que el primer aspecto que hemos de cuidar, al plantearnos una pastoral misionera, es la escucha. Cada persona es diferente a las demás y, por tanto, debe recibir la respuesta adecuada a sus necesidades.

No es lo mismo hablar de Dios a quien nunca ha tenido fe que a quien la ha tenido y la ha perdido. Esto quiere decir que, para evangelizar hoy, antes hemos de pararnos a escuchar a cada persona para descubrir las razones concretas de su indiferencia religiosa o de su agnosticismo. Si no respondemos a sus dudas sobre la fe y a sus prejuicios sobre la Iglesia, será muy difícil, por no decir imposible, que pueda responder al Evangelio.

Para este acompañamiento respetuoso y personalizado a cada persona, necesitamos encontrar tiempo y contar con cristianos humanamente maduros, enamorados de Jesucristo, amantes de la Iglesia y dispuestos a dialogar con todos y a entregar su tiempo al anuncio del Evangelio para la salvación de los hombres.

Sin aferrarnos a un pasado que ya no existe, hemos de mostrar con el testimonio de las obras a creyentes y alejados que la Iglesia no es ninguna amenaza para la libertad, pues los católicos sabemos muy bien que la fe se propone, pero no se impone. Es más, reconocemos que la fe en Jesucristo nos exige respetar la libertad de conciencia y las convicciones religiosas de los demás, aunque ellos no respeten nuestras libertades.

Por tanto, asumiendo que hemos de sembrar a manos llenas, debemos ser realistas y trabajadores, pues el fruto de la siembra depende de la preparación del terreno y de la acogida de la semilla. Esto quiere decir que no podemos aceptar pasivamente la realidad, pues la pasividad y la indiferencia, además de revelar una falta de confianza en la providencia divina, son una deslealtad con tantos hermanos que necesitan, como nosotros, a Jesucristo, esperanza de salvación y luz para el camino.

¿Sentimos el gozo de ser llamados y enviados por el Señor para evangelizar? ¿Nos acercamos a los hermanos con la convicción de que al anunciarles el Evangelio les ofrecemos un tesoro, que no conocen, pero que necesitan para descubrir el verdadero sentido de sus vidas? ¿Somos conscientes de que, sin esta convicción, no podemos ser evangelizadores, sino simples administradores del consumismo religioso?

La experiencia de la misericordia y de la compasión de Dios con cada uno de nosotros, así como la convicción de que el Espíritu Santo siempre nos precede y acompaña en la misión, tienen que impulsarnos a salir al encuentro de todos los seres humanos para dialogar con ellos, mostrarles el amor de Dios, acogerlos con alegría y anunciarles el Evangelio sin miedo, aunque ellos tengan otras preocupaciones y deseos.

3.5 Buscar la voluntad de Dios

Cada día son muchas las voces que reclaman nuestra atención. Desde los medios de comunicación, desde las re-

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

des sociales y desde la misma Iglesia, algunos hermanos sienten la necesidad de invitarnos a actuar como si todo fuese válido y bueno. Estas voces, sin darnos cuenta, influyen en nuestra forma de pensar y en nuestra vida espiritual, provocando en bastantes personas confusión, conformismo e indiferencia.

El papa Francisco, consciente de esta situación, nos invita insistentemente a practicar el discernimiento espiritual, si no queremos convertirnos “en marionetas a merced de las tendencias del momento”¹⁸. Este discernimiento, que ante todo es un don de Dios, hemos de pedirlo y desarrollarlo en la oración, la reflexión, la lectura y el buen consejo para saber en cada momento lo que procede del Espíritu Santo o del espíritu del mundo.

Desde el punto de vista espiritual, el discernimiento no solo es necesario en aquellos momentos en los que debemos afrontar problemas graves, sino como medio para seguir más de cerca al Señor, para acoger su gracia y para no pasar por alto sus invitaciones a crecer espiritualmente. El “examen de conciencia” diario, desde el diálogo con el Señor, es un buen medio para la práctica del discernimiento, pues ayuda a descubrir el sentido de la existencia ante el Padre, que me conoce y me ama.

Para la práctica del discernimiento se necesita una actitud de escucha y de silencio orante, pues solo quien tiene capacidad de escuchar puede renunciar a sus puntos de vista

¹⁸ Francisco, *Ibid*, n. 167.

parciales e insuficientes, a sus costumbres y esquemas. Las distracciones, el conformismo y la costumbre pueden impedirnos escuchar las llamadas de Dios a una mayor entrega y generosidad espiritual.

El discernimiento es también una gran ayuda para cumplir mejor la misión que el Señor nos ha confiado en el bautismo y lleva consigo la disponibilidad para asumir la cruz y para entregar toda nuestra existencia al Señor. No puede ser, por tanto, una introspección egoísta, sino una verdadera salida de nosotros mismos para adentrarnos en el misterio de Dios y para encontrar los mejores caminos para llevar a cabo el servicio a los hermanos.

Este mismo discernimiento, que aplicamos para clarificarlos en nuestra vida espiritual, hemos de aplicarlo también a la acción pastoral, teniendo en cuenta que la evangelización se hace desde el anuncio, la celebración y la práctica de la caridad, en íntima unión. Para dar pasos en la buena dirección, deberíamos preguntarnos si estamos dispuestos a buscar nuevos caminos y nuevos métodos para evangelizar o hemos caído en el conformismo de unas prácticas religiosas rutinarias que no interrogan a nadie¹⁹.

Ante las dificultades para la misión, todos corremos el riesgo de cerrarnos sobre nosotros mismos o de repetir esquemas del pasado. El Señor, sin embargo, nos invita a salir siempre, a escuchar su Palabra y a prestar atención a las reflexiones e insinuaciones de nuestros hermanos para descu-

¹⁹ Francisco, *Ibid*, Cfr. 291-295.

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

brir con ellos nuevos caminos para anunciar el Evangelio y para hacer posible la misión de todos los bautizados.

El sínodo diocesano es, sin duda, una gracia de Dios y una magnífica oportunidad para practicar el discernimiento y para responder a estos interrogantes. Ante todo, hemos de tener presente que no se trata de cambiarlo todo ni de repetir actividades pastorales porque nos gustan o porque las pide la gente, sino de buscar la voluntad de Dios.

En ocasiones podemos estar impulsando actividades pastorales que nos parecen adecuadas y que gozan del reconocimiento de la comunidad, pero esto no es suficiente. Antes debemos preguntarnos si esas actividades responden al querer de Dios y al mejor servicio a nuestros hermanos o, por el contrario, son simples respuestas a nuestros deseos o a nuestros criterios pastorales.

3.6 Carismas diferentes para el servicio del cuerpo eclesial

A lo largo de la historia, el Espíritu Santo ha suscitado y continúa suscitando distintos carismas en el seno de la comunidad eclesial para la utilidad de todos sus miembros. Estos carismas, ordenados a la edificación de la Iglesia, al bien de los hombres y a las necesidades del mundo, han de ser acogidos con gratitud por todos los miembros de la Iglesia, después del oportuno y necesario discernimiento de los pastores²⁰.

²⁰ Juan Pablo II, *Christifideles laici*, n. 24.

MONS. ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

La contemplación de la Iglesia a partir del misterio Trinitario, en el que tiene su origen, nos ayuda a entender que los diversos carismas suscitados por el Espíritu en ella deben confluir en la comunión y en la búsqueda del bien común de la comunidad. No pueden ser ocasión de discordia ni división, sino dones para la corresponsabilidad entre sacerdotes, consagrados y cristianos laicos. Cada bautizado, con sus dones, ministerios y funciones, recibe una misión que todos hemos de reconocer, valorar y apoyar.

La diversidad de dones, regalo del Espíritu a cada bautizado para la comunión, la complementariedad y la corresponsabilidad, nos ayuda a descubrir y a comprender que el más importante en la Iglesia no es el que ejerce mayores responsabilidades o tiene más conocimientos, sino el que se pone incondicionalmente al servicio de sus semejantes y actúa como auténtico testigo de la santidad de Dios.

Para que este testimonio de la presencia de Jesucristo en la Iglesia sea verdadero, hemos de cuidar los pequeños detalles entre los miembros de la comunidad cristiana: “La comunidad que preserva los pequeños detalles de amor, donde los miembros se cuidan unos a otros y constituyen un espacio abierto y evangelizador, es lugar de la presencia del Resucitado que la va santificando según el proyecto del Padre”²¹.

Por otra parte, aunque los cristianos laicos tienen como especial encargo del Señor la transformación de las realida-

²¹ Francisco, *Gaudete et exultate*, n. 145.

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

des temporales según el querer de Dios, los restantes miembros de la Iglesia nunca deberíamos olvidar que todos nacemos y crecemos en el mundo para anunciar y dar testimonio a nuestros hermanos de la alegría del Evangelio, compartiendo con ellos los gozos y la esperanzas, las tristezas y angustias²².

Si tenemos claro que la comunión es para la misión y que esta, a su vez, debe estar orientada al incremento de la comunión con Dios y con los hermanos, en el futuro tendríamos que dar mucha más importancia a los espacios para el diálogo y para la escucha mutua en los consejos pastorales parroquiales, arciprestales, diocesanos y, por supuesto, en las distintas actividades del sínodo diocesano.

Con la participación en el mismo, el Señor nos brinda la posibilidad de escuchar a nuestros semejantes para crecer en el conocimiento mutuo, para acoger cordialmente sus reflexiones y para vivir la fraternidad. A partir de esta experiencia serán posibles las buenas relaciones entre todos los miembros del Pueblo de Dios, como condición necesaria para el cumplimiento de su misión evangelizadora.

Todos los bautizados somos llamados y enviados por el Señor al mundo para actuar con los otros y no en su lugar. Si no asumimos la participación de los restantes miembros del Pueblo de Dios, ignorándolos o pretendiendo sustituirlos, en la práctica estamos negando su vocación. Este modo de pen-

²² Concilio Vaticano II, Cfr. *Gaudium et spes*, n. 1.

sar y de actuar no solo es contrario al Evangelio, sino a los criterios de la cultura actual que nos invita a la participación.

Por eso, manteniendo la unidad en lo esencial, hemos de avanzar en la búsqueda de opciones ponderadas en lo opinable. No podemos salir a evangelizar divididos o enfrentados, porque entonces el Evangelio no será creíble. ¿Vivimos la naturaleza de la Iglesia caminando juntos en la actividad pastoral? ¿Nos reunimos los sacerdotes, religiosos y laicos para orar, discernir y decidir las acciones pastorales? ¿Escuchamos a todos antes de tomar decisiones pastorales, teniendo en cuenta que lo que afecta a todos debe ser tratado por todos?

3.7 ¿Dificultades para la evangelización o nuevos retos pastorales?

El bautismo es el testimonio del abrazo del Padre hacia cada uno de sus hijos por medio de Jesucristo, bajo la acción del Espíritu Santo. Dios nos regala un corazón nuevo para que permanezcamos en su amor y pongamos los dones recibidos de su mano bondadosa al servicio de todos los seres humanos.

En el cumplimiento de esta misión, con frecuencia, experimentamos dificultades que pueden paralizarnos. Puesto que estas dificultades para la evangelización han existido y existirán en todos los momentos de la historia, hemos de esperarlas, acogerlas y afrontarlas con la convicción de que las cosas imposibles para nosotros son posibles para Dios,

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

pues Él sigue venciendo el mal existente en el mundo con el amor.

En la actividad pastoral y en nuestra vida diaria, encontraremos dificultades que no podremos eliminar porque proceden del exterior, es decir, de la actuación y de los comportamientos de otros. Pero otras dificultades provienen de nosotros mismos y, por tanto, además de reconocerlas, hemos de poner el remedio para superarlas.

Cuando las dificultades provienen del afán de protagonismo, de la falta de interioridad, de la pretensión de hacer las cosas desde nosotros mismos y con nuestras fuerzas, todos podemos responder desde una sincera conversión. Si no es así, corremos el riesgo de vivir la misión como un peso que debemos soportar o como una rutina que nos conduce a repetir los mismos gestos de siempre, más que como un encargo gozoso.

El papa Francisco, además de recordarnos que las dificultades están para afrontarlas y superarlas con la ayuda de la gracia divina y con la fortaleza que nos regala el Espíritu, señala que la costumbre es un gran obstáculo para la misión, pues nos dice que no tiene sentido pretender cambiar algo, que no merece la pena hacer frente a las situaciones de dificultad y que las cosas siempre se han hecho así.

Para afrontar las dificultades en la acción evangelizadora, especialmente la rutina y la costumbre, no bastan los buenos propósitos. Es preciso pedir al Señor “que venga a des-

pertarnos, a pegarnos un sacudón en nuestra modorra, a liberarnos de la inercia. Desafiemos la costumbre, abramos bien los ojos y los oídos, y sobre todo el corazón, para dejarnos descolocar por lo que sucede a nuestro alrededor y por los gritos de la Palabra viva y eficaz del Resucitado”²³.

La participación en el sínodo tiene que permitirnos reconocer estas dificultades y otras que pudieran presentarse, pero sobre todo ha de ayudarnos a descubrir la voluntad de Dios para afrontar la actividad pastoral, familiar y profesional escuchando y acogiendo en todo momento la voz del Padre celestial, como lo hizo Jesús.

Por eso, en nuestra relación con Dios, no podemos dejar de preguntarnos con cierta frecuencia: Señor, ¿qué quieres de mí? ¿qué esperas que haga con los dones que constantemente me regalas? La respuesta a estas preguntas es necesaria pues todos corremos el riesgo de poner nuestra confianza en el poder de la ciencia y de la técnica, esperando que de ellas nos puede venir la salvación y el remedio de todos los males.

3.8 El compromiso comunitario, antídoto contra el individualismo

La fundamentación de la existencia en Cristo, piedra angular de la Iglesia, nos exige a todos permanecer bien unidos a Él y entre nosotros para que el edificio no se derrumbe ante cualquier viento o tempestad. Para vivir esta unión, no

²³ Francisco, *Gaudete et exultate*, n. 137.

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

basta que permanezcamos unos junto a otros, sino que practiquemos “la cultura del encuentro” y estemos dispuestos a compartir el amor y la preocupación por el anuncio de la Buena Noticia.

En la vivencia de la fe, en la actividad pastoral y en la convivencia diaria, tenemos que poner todos los medios a nuestro alcance para superar el aislamiento y la soledad: “Es muy difícil luchar contra la propia concupiscencia y contra las asechanzas y tentaciones del demonio y del mundo egoísta, si estamos aislados. Es tal el bombardeo que nos seduce que, si estamos demasiado solos, fácilmente perdemos el sentido de la realidad, la claridad interior y sucumbimos”²⁴.

La participación en el sacerdocio de Cristo por el bautismo será auténtica y verdadera si somos solidarios con nuestros hermanos, tomando sobre nosotros los gozos y los sufrimientos, las fatigas y las esperanzas, las preocupaciones y las aspiraciones de todos, especialmente de los que sufren marginación y exclusión social, para mostrarles el amor de Dios y llevarles a la comunión con Él.

Esta unión de los cristianos con Dios y entre nosotros es un gran don que Dios nos regala en el bautismo para que la desarrollemos y concretemos en cada momento de la vida. La incorporación a la familia de los hijos de Dios, por la recepción del bautismo, nos invita a caminar con esperanza hacia la Jerusalén celestial en unión con los hermanos. Por eso, confesamos un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre.

²⁴ Francisco, *Ibid*, n.140.

MONS. ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

La comunión de los cristianos es un bien para la Iglesia y para la sociedad. Sin la vivencia de la misma, es imposible la evangelización y resulta muy difícil avanzar hacia una convivencia social, fundamentada en la verdad y la justicia. La comunión fraterna es un verdadero antídoto contra el individualismo y contra la búsqueda obsesiva de los propios intereses en la convivencia diaria y en la actividad pastoral de la Iglesia.

Ante la crisis del compromiso comunitario, que es un verdadero reto del mundo de hoy a la acción evangelizadora de la Iglesia, el papa Francisco pedía a los jóvenes, en su viaje a Lituania, que no se dejasen arrastrar por los criterios del mundo que les dicen que es mejor caminar solos que en comunión con los otros, favoreciendo así el individualismo y la superficialidad que nos aíslan de los demás y nos convierten en egocéntricos y vanidosos, preocupados solo por la imagen y el bienestar personal.

Seguir a Jesucristo llena nuestra vida de sentido y nos enseña que nadie puede salvarse solo pues estamos interconectados los unos a los otros. El seguimiento de Jesucristo nos hace sentirnos miembros de una comunidad que nos acompaña y anima, que nos compromete a servir. Seguir a Jesucristo nos permite participar en la revolución a la que Él nos invita, la revolución de la ternura de la que tan necesitado está el mundo de hoy²⁵.

²⁵ Francisco, Cfr. Discurso en los jóvenes en Lituania, (22 de septiembre de 2018).

«BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU PARA LA MISIÓN»

Durante la celebración del sínodo diocesano, que es un instrumento de comunión, hemos de reflexionar sobre los pasos a dar en nuestras comunidades parroquiales para impulsar la comunión entre todos los miembros del Pueblo de Dios y para favorecer la corresponsabilidad. Solo así podrán surgir en el futuro comunidades misioneras.

¿Participamos en las convocatorias parroquiales, arciprestales o diocesanas? ¿Caminamos con los hermanos o preferimos actuar como “llaneros solitarios” para no dejarnos interrogar por los demás? ¿Escuchamos los consejos o indicaciones de la comunidad o nos dejamos guiar únicamente por nuestros criterios, considerándonos los únicos poseedores de la verdad? ¿Ponemos los medios para la creación de organismos de comunión en las parroquias y para la corresponsabilidad pastoral entre distintas parroquias, especialmente en las zonas rurales?

Conclusión

La contemplación de Jesucristo y la escucha de su Palabra, además de ayudarnos a descubrir los distintos ámbitos de la realidad que necesitan ser evangelizados, tienen que renovar en cada uno de nosotros la conciencia misionera. El Señor nos pide hoy salir al encuentro de todos para mostrarles la alegría del Evangelio y actuar, en todo momento, con fidelidad al encargo recibido.

Aunque, en ocasiones, tengamos que experimentar el rechazo, el desprecio o la incompreensión de algunos hermanos por vivir y proclamar que Jesucristo es el único Salvador de los hombres, no olvidemos nunca que el discípulo no puede ser más que el Maestro, es decir, que la cruz tiene que formar parte de la acción evangelizadora de la Iglesia y de la vida del misionero.

Que la Santísima Virgen continúe siendo para cada uno modelo e intercesora en el camino a recorrer. Ella, además de acompañarnos cada día con su constante intercesión ante su Hijo, nos enseña a renovar nuestro “Sí” a la voluntad del Padre para salir, con gozo y esperanza, al encuentro de los hermanos para mostrarles su amor misericordioso.

Con mi sincero afecto y bendición.

+Atilano Rodríguez
Obispo de Sigüenza-Guadalajara

Guadalajara, 8 de septiembre de 2018
Fiesta de la Natividad del Bienaventurada Virgen María